

CARPE JUGULUM

Terry y Lyn Pratchett

A través de los jirones de nubes negras, un fuego se movía como una estrella moribunda, desplomándose hacia la tierra...

... es decir, hacia la tierra del Mundodisco...

... pero a diferencia de lo que siempre habían hecho las estrellas, a veces esta lograba controlar su caída, elevándose en ocasiones, desviándose en otras, aunque descendiendo de forma inevitable.

La nieve resplandeció brevemente en las laderas de las montañas cuando aquello chisporroteó en lo alto.

Más abajo, la tierra misma empezó también a descender. El fuego se reflejó en los muros de hielo azul mientras la luz se hundía en la entrada de un cañón y empezaba a retumbar por sus curvas y recodos.

La luz se apagó de golpe. Algo continuó deslizándose por la franja iluminada por la luna que dejaban entre sí las rocas.

Aquello salió disparado del cañón por la cima de un acantilado, desde donde el agua procedente del deshielo de un glaciar se precipitaba a un estanque lejano.

En contra de toda lógica allí había un valle, o más bien una red de valles, que se aferraban al borde de las montañas antes de su larga caída a los llanos. En aquel aire más tibio relucía un pequeño lago. Había bosques. Había campos diminutos, como una colcha de retales echada sobre las rocas.

El viento había amainado. El aire era más cálido.

La sombra empezó a trazar círculos.

Mucho más abajo, otra cosa, inconspicua e inconsciente, se estaba adentrando en aquel pequeño puñado de valles. Costaba ver con exactitud qué era; los tojos se agitaban, el brezo susurraba, como si un ejército muy grande hecho de criaturas muy pequeñas se estuviera moviendo con un único propósito.

La sombra llegó a una roca plana que ofrecía una vista magnífica de los campos y los bosques de más abajo, y allí precisamente fue donde el ejército salió de entre las raíces. Se componía de hombrecillos azules muy pequeños, algunos de los cuales llevaban gorros azules puntiagudos, aunque la mayoría tenían el pelo rojo al descubierto. Iban armados con espadas. Ninguno de ellos medía más de quince centímetros de altura.

Se desplegaron en formación y contemplaron el nuevo lugar que tenían debajo y luego, blandiendo las armas, lanzaron un grito de batalla. Habría resultado más impresionante si hubieran acordado el mismo de antemano, pero tal como lo hicieron dio la impresión de que cada uno de los pequeños guerreros tenía su propio grito de batalla y lucharía con cualquiera que se lo intentara arrebatar.

—¡Nac mac Feegle!

—¡Ué, te lu puedes meter donde te quepa!

—¡Menuda patada llevaraste!

—¡Grandullones!

—¡Solu pueden quedar mil!

—¡Nac mac Feegle ué ué!

—¡Ué ué para ti, pámpano!

Aquella pequeña cuenca de valles, relucientes bajo los últimos jirones del sol vespertino, era el reino de Lancre. Desde sus puntos más elevados, decía la gente, se podía ver hasta el borde mismo del mundo.

También se decía, aunque no lo decía la gente que vivía en Lancre, que más abajo incluso del borde, allí donde los mares rugían día y noche al caer por el fin del mundo, su hogar surcaba el espacio a lomos de cuatro elefantes enormes que a su vez estaban de pie sobre el caparazón de una tortuga que era tan grande como el mundo.

La gente de Lancre había oído aquellas cosas. Y les parecía que tenían cierto sentido. Estaba clarísimo que el mundo era plano, aunque en el mismo Lancre los únicos lugares verdaderamente planos fueran las mesas y las coronillas de ciertas personas, y también estaba comprobado que las tortugas podían cargar con un buen peso. Los elefantes, por lo que se decía, también eran bastante fuertes. No parecía haber lagunas importantes en aquella tesis, así que los lancrastianos no le buscaban las cosquillas.

No es que no les interesara el mundo que los rodeaba. Al contrario, tenían una implicación profunda, personal y apasionada en el mismo, pero en lugar de preguntarse: «¿Por qué estamos aquí?», se preguntaban: «¿Va a llover antes de la cosecha?».

Tal vez un filósofo habría deplorado aquella falta de ambición mental, pero tan solo si estuviera realmente seguro de dónde procedía su próxima comida.

De hecho, la posición y el clima de Lancre formaban a una gente testaruda y franca que a menudo destacaba en el mundo de más abajo. El reino había proporcionado a los llanos algunos de sus más grandes magos y brujas, y nuevamente el filósofo podría haberse maravillado del hecho de que una gente tan prosaica pudiera darle al mundo unos practicantes de magia tan exitosos, sin darse cuenta de que solamente alguien que tiene los pies sobre la roca puede construir castillos en el aire.

Y es así como los hijos y las hijas de Lancre salían al mundo, se labraban carreras, ascendían por las diversas escaleras del éxito y siempre se acordaban de mandar dinero a casa.

Aparte de fijarse en la dirección del remitente del sobre, los que se habían quedado no pensaban mucho en el mundo de fuera.

Aunque el mundo de fuera sí pensaba en ellos.

La roca enorme y plana se había quedado desierta, pero en el páramo que había más abajo, el brezo tembló trazando una V que se dirigía hacia las tierras bajas.

—¡Ginebra y abadejo!

—¡Nac mac Feegle!

Hay muchas clases de vampiros. De hecho, se dice que hay tantas clases de vampiros como tipos de enfermedades.* Y no son solamente humanos (si es que los vampiros son humanos). Por todas las Montañas del Carnero se extiende la creencia de que cualquier herramienta de aspecto inocente, sea un martillo o una sierra, va a buscar la sangre si se

la deja en desuso durante más de tres años. En Ghat creen en las sandías vampiras, aunque el folclore guarda silencio sobre qué es lo que se cree sobre las sandías vampiras. Posiblemente te devuelvan el chupetón.

Hay dos cosas que han desconcertado tradicionalmente a los estudiosos de los vampiros. Una es: ¿por qué tienen los vampiros tanto poder? Si es facilísimo matar a los vampiros, señalan. Hay docenas de formas de cargárselos, aparte de la estaca en el corazón, que también funciona con la gente normal, de forma que si te sobra alguna estaca no tiene por qué echarse a perder. Lo clásico es que los vampiros se pasen el día entero en algún ataúd, sin más vigilancia que un anciano con joroba que tampoco parece precisamente espabilado, y teóricamente debería bastar con un grupo de atacantes pequeño para acabar con ellos. Y sin embargo, uno solo basta para someter a una comunidad entera a un estado de obediencia sombría...

El otro enigma es: ¿por qué los vampiros son siempre tan tontos? Como si llevar ropa de etiqueta todo el día no los delatara ya lo bastante como no-muertos, ¿por qué eligen vivir en castillos viejos que ofrecen tantas maneras de derrotar a un vampiro, como por ejemplo las cortinas fáciles de rasgar y esas decoraciones en las paredes que se pueden retorcer con facilidad para convertirlas en símbolos religiosos? ¿Y de verdad creen que escribir sus nombres al revés va a engañar a alguien?

Un carruaje traqueteaba por los páramos, a muchas millas de distancia de Lancre. Por la forma en que saltaba con los baches del camino, no iba muy cargado. Pero traía consigo la oscuridad.

Los caballos eran negros y también lo era el carruaje, salvo el escudo de armas que había en las portezuelas. Cada caballo tenía un penacho negro entre las orejas, y también había un penacho negro en cada esquina del carruaje. Tal vez aquello era lo que causaba el extraño efecto de que el carruaje era una sombra en movimiento. Parecía estar arrastrando la noche tras de sí.

En la cima del páramo, allí donde nacían unos cuantos árboles de los escombros de un edificio en ruinas, el carruaje se detuvo con un chirrido.

Los caballos permanecieron inmóviles, tirando coces al suelo de vez en cuando o dando algún cabezazo al aire. El cochero se quedó en su asiento, encorvado sobre las riendas, a la espera.

Cuatro figuras pasaron volando justo por encima de las nubes, bajo la luz plateada de la luna. A juzgar por su conversación, había alguien molesto, aunque el tono brusco y desagradable de su voz sugería que tal vez habría que decir más bien «ultrajado».

—¡Tú lo has dejado escaparse! —La voz tenía un viso lastimero, la voz de una quejica crónica.

—Estaba herido, Lacci. —Esta otra voz tenía un tono conciliador, paternal, pero también el ligerísimo matiz del deseo reprimido de soltarle un cachete a la primera voz.

—Odio esas cosas. ¡Son tan... sensibleras!

—Sí, querida. El símbolo de un pasado crédulo.

—Si yo pudiera arder así, no me limitaría a merodear por ahí pavoneándome. ¿Por qué lo hacen?

—Supongo que en algún momento les debió de resultar útil.

—Entonces son... ¿cómo los has llamado?

—Un cul-de-sac evolutivo, Lacci. Un naufrago abandonado en los mares del progreso.

—Entonces, ¿estoy haciéndoles un favor al matarlos?

—Sí, no te falta razón. Y ahora, ¿podemos...?

—Al fin y al cabo, los pollos no arden —dijo la voz llamada Lacci—. O por lo menos les cuesta.

—Ya le oímos experimentar. Podría haber sido buena idea matarlos primero. —Esto lo dijo una tercera voz: joven, masculina y también un poco harta de la voz femenina. Tenía armonías de «hermano mayor» en cada sílaba.

—¿Y eso qué sentido tiene?

—Bueno, querida, no habrías armado tanto ruido.

—Escucha a tu padre, querida. —Y aquella voz, la cuarta, solamente podía pertenecer a una madre. Sería capaz de querer a las otras voces sin importarle lo que hicieran.

—¡Sois tan injustos!

—Pero si te dejamos tirar rocas sobre los duendecillos, querida. La vida no puede ser únicamente diversión.

El cochero cambió de postura mientras las voces descendían a través de las nubes. Y luego a poca distancia de él aparecieron cuatro figuras. Se bajó del pescante y, con dificultad, abrió la portezuela del carruaje mientras las figuras se acercaban.

—Aunque la mayoría de esos bichejos se han escapado —dijo Madre.

—No importa, querida —dijo Padre.

—Los odio de verdad. ¿Ellos también son un callejón sin salida? —dijo Hija.

—Yo todavía no diría sin salida, pese a tus valerosos esfuerzos. ¡Igor! Rumbo a Lancre.

El cochero se giró.

—Zí, amo.

—Oh, por última vez, hombre... ¿Esa te parece manera de hablar?

—Ez la única manera que conozco, amo —dijo Igor.

—Y te dije que quitaras los penachos del carruaje, idiota.

El cochero cambió de postura, incómodo.

—Tiene que haber penachoz negroz, amo. Ez tradicional.

—¡Quíталos ahora mismo! —ordenó Madre—. ¿Qué va a pensar la gente?

—Zí, ama.

El hombre al que llamaban Igor cerró la portezuela de golpe y regresó dando bandazos hasta el caballo. Quitó los penachos con aire ceremonioso y los colocó debajo de su asiento.

Dentro del coche la voz ultrajada dijo:

—¿Igor también es un callejón sin salida evolutivo, Padre?

—En eso confiamos, querida.

—Baztardo —dijo Igor para sí mismo, mientras cogía las riendas.

El escrito empezaba:

«Está usted cordialmente invitada...»

... y continuaba en aquella caligrafía florida y refinada que tanto costaba de leer pero que tan oficial quedaba.

Tata Ogg sonrió y volvió a colocar la tarjeta en la repisa de la chimenea. Le gustaba aquello de «cordialmente». Tenía un sonido rico, espeso y por encima de todo alcohólico.

Estaba planchando su mejor enagua. En otras palabras, estaba sentada en su sillón junto al fuego mientras una de sus nueras, cuyo nombre no le venía a la cabeza en aquel preciso momento, hacía el trabajo en sí. Tata se dedicaba a ayudarla señalándole las partes que pasaba por alto.

Era una invitación de narices, pensó. Sobre todo los rebordes dorados, que eran tan gruesos como salchichas. Probablemente no fueran de oro de verdad, pero aun así soltaban unos destellos impresionantes.

—Hay un trocito ahí que no iría mal que repasaras, chata —dijo, sirviéndose un poco más de cerveza.

—Sí, Tata.

Otra de sus nueras, cuyo nombre sería capaz de recordar si le daban unos segundos, estaba sacando brillo a las botas rojas de Tata. Una tercera estaba quitándole cuidadosamente las pelusas al mejor sombrero puntiagudo de Tata, en su percha.

Tata se puso de pie, caminó hasta la puerta de atrás y la abrió. Ya quedaba muy poca luz en el cielo, y unos pocos harapos de nubes pasaban raudos sobre las primeras estrellas. Olió el aire. El invierno se resistía a marcharse allí en las montañas, pero el viento traía un claro aroma a primavera.

Una buena época, pensó. La mejor, en realidad. Oh, ella sabía que el año empezaba la Noche de la Vigilia de los Puercos, cuando la marea fría cambiaba, pero el año nuevo empezaba ahora, con los brotes verdes que escarbaban por entre las últimas nieves para salir a la superficie. El cambio estaba en el aire, ella lo notaba en los huesos.

Por supuesto, su amiga Yaya Ceravieja siempre decía que no se podía confiar en los huesos, pero es que Yaya Ceravieja siempre estaba diciendo cosas así.

Tata Ogg cerró la puerta. En los árboles que había al fondo de su jardín, desnudos de hojas y pinchudos sobre el fondo del cielo, algo agitó las alas y parloteó mientras un velo de oscuridad cruzaba el mundo.

En su cabaña a pocas millas de allí, la bruja Agnes Nitt albergaba segundos pensamientos sobre su nuevo sombrero puntiagudo. Por lo general Agnes albergaba segundos pensamientos sobre todo.

Mientras se metía el pelo por debajo del sombrero y se observaba a sí misma con ojo crítico en el espejo, se dedicó a cantar una canción. Cantaba en armonía. Por supuesto, no con su reflejo en el espejo, puesto que una heroína que hiciera algo así acabaría tarde o temprano cantando un dúo con el Señor Gorrión y otras criaturas del bosque, y entonces el único remedio sería un lanzallamas.

Simplemente cantaba en armonía consigo misma. A menos que se concentrara, últimamente le pasaba cada vez más. Perdita tenía una voz más bien aflautada, pero insistía en sumarse a la canción.

La gente con tendencia a la crueldad despreocupada dice que dentro de toda chica gorda hay una chica delgada y un montón de chocolate. La chica delgada de Agnes era

Perdita.

No estaba segura de cómo había adquirido a su pasajera invisible. Su madre le había contado que cuando era pequeña tenía la costumbre de echar la culpa de los accidentes y los misterios, como la desaparición de un cuenco de crema o la rotura de un jarrón valioso, a «la otra niña».

Solamente ahora se daba cuenta de que no era buena idea permitirse aquella clase de cosas cuando, muy a su pesar, llevaba un poco de brujería natural en la sangre. La amiga imaginaria se había hecho mayor y no se había marchado nunca y había acabado siendo un incordio.

A Agnes no le caía bien Perdita, que era vanidosa, egoísta y maliciosa, mientras que Perdita odiaba tener que ir siempre dentro de Agnes, a quien consideraba una panoli gorda, patética y carente de voluntad a quien la gente pisotearía fácilmente si no fuera tan voluminosa.

Agnes se decía a sí misma que simplemente había inventado el nombre Perdita a modo de etiqueta conveniente que ponerles a todos aquellos pensamientos y deseos que sabía que no debería tener, como un nombre para esa pequeña comentarista problemática que vive en el hombro de todo el mundo y se burla de todo. Pero a veces le venía la idea de que era Perdita quien había creado a Agnes para tener algo que aporrear.

Agnes tenía tendencia a obedecer las normas. Perdita no. Perdita pensaba que, en cierto modo, no obedecer las normas molaba. Agnes creía que las normas del tipo «no te caigas dentro de este enorme foso con estacas» existían por alguna razón. Perdita creía, por tomar un ejemplo al azar, que las cosas como los modales en la mesa eran una idea estúpida y represiva. Agnes, por otro lado, estaba en contra de que los demás te bombardearan con sus trocitos voladores de col.

Perdita pensaba que un sombrero de bruja era un poderoso símbolo de autoridad. Agnes pensaba que una chica regordeta no debería llevar sombrero alto, sobre todo con ropa negra. Le daba aspecto de que a alguien se le hubiese caído el cucurucho de helado de regaliz al suelo.

El problema era que, aunque Agnes tenía razón, Perdita también. El sombrero puntiagudo tenía mucho peso en las Montañas del Carnero. La gente hablaba con el sombrero, no con la persona que lo llevaba. Cuando la gente tenía problemas graves, acudía a una bruja.*

Y también había que ir de negro. A Perdita sí le gustaba el negro. Perdita creía que el negro molaba. Agnes pensaba que el negro no era un buen color para la gente con tendencia a la circularidad... ah, y que «molar» era una palabra idiota que solo usaba la gente cuyo cerebro no llenaría ni una cuchara.

Magrat Ajostiernos nunca había ido de negro y probablemente no había dicho nunca «molar», salvo cuando trataba algún problema dental.

Agnes dejó de examinar su puntiagudez en el espejo para examinar el interior de la cabaña que había sido de Magrat y que ahora era de ella, y suspiró. Su mirada se detuvo en la tarjeta cara y de bordes dorados que había sobre la repisa de la chimenea.

Bueno, estaba claro que Magrat ya estaba retirada del todo y que se había marchado para ser reina, y si había quedado alguna duda de ello hoy ya no podía haber ninguna.

Agnes estaba desconcertada por la forma en que Tata Ogg y Yaya Ceravieja hablaban de ella, sin embargo. Estaban orgullosas (más o menos) de que se hubiera casado con el rey, y convenían en que era la vida más adecuada para ella, pero aunque nunca lo decían en voz alta, en el aire de encima de sus cabezas flotaba una idea en colores mentales parpadeantes: Magrat se había conformado con el segundo premio.

Agnes casi se había partido de la risa al descubrir aquello por primera vez, pero no era algo que se pudiera discutir con ellas. Ni siquiera les entraría en la cabeza que pudiera haber discusión al respecto.

Yaya Ceravieja vivía en una cabaña con un techo de paja tan viejo que sobre el mismo crecía un arbolito bastante sano, y se levantaba de la cama y se iba a dormir sola, y se lavaba en el tonel de la lluvia. Y Tata Ogg era la persona más pueblerina que Agnes había conocido en la vida. Había viajado al extranjero, sí, pero siempre llevaba Lancre encima como una especie de sombrero invisible. Y sin embargo las dos daban por sentado que no había nadie mejor que ellas, y que el resto del mundo estaba allí para que ellas trasteasen con él.

Perdita pensaba que ser reina debía de ser lo mejor que había en el mundo.

Agnes pensaba que lo mejor que había en el mundo era estar muy lejos de Lancre, y que lo segundo mejor debía de ser estar sola en tu propia cabeza.

Se ajustó el sombrero lo mejor que pudo y salió de la cabaña.

Las brujas nunca cerraban sus puertas con llave. No les hacía falta.

Mientras salía fuera bajo la luz de la luna, dos urracas aterrizaron sobre el techo de paja.

Las actividades que estaba llevando a cabo la bruja Yaya Ceravieja habrían desconcertado a alguien que la observara escondido.

Examinó las losas situadas junto a la puerta trasera de su cabaña y levantó con la punta del pie la vieja alfombrilla raída que había enfrente.

Luego caminó hasta la puerta principal, que no se usaba nunca, y allí volvió a hacer lo mismo. También examinó las grietas que había en torno a los bordes de las puertas.

Salió. Durante la noche había helado bastante, un pequeño truco rencoroso por parte del invierno agonizante, y los montones de hojas que se apilaban en las sombras seguían congelados.

Bajo el aire áspero estuvo hurgando en las macetas y los matos rrales que había junto a la puerta principal.

Luego regresó adentro.

Tenía un reloj. A los lancrastianos les gustaban los relojes, aunque no les importaba mucho el tiempo en sí en períodos mucho más cortos que una hora. Si tenías que hervir un huevo, cantabas en voz baja quince estrofas de «¿Adónde se fueron todas las natillas?».

Por fin se sentó en su mecedora y miró el umbral con el ceño fruncido.

Los búhos estaban ululando en el bosque cuando alguien llegó corriendo por el camino y aporreó la puerta.

Cualquiera que no hubiera oído hablar del férreo autocontrol de Yaya, contra el cual se podía doblar una herradura, podría haber pensado por un momento que la oía soltar un pequeño suspiro de alivio.

—Vaya, ya era hora... —empezó a decir.

La emoción que reinaba arriba en el castillo no era más que un zumbido lejano abajo en la halconera. Los cernícalos y halcones estaban posados y encorvados en sus perchas, perdidos en algún mundo interior de descensos en picado y corrientes termales. De vez en cuando se oía el tintineo de una cadena o el revoloteo de un ala.

Hodgesaargh el halconero se estaba preparando en la sala diminuta de al lado cuando notó el cambio en el aire. Salió a unos establos silenciosos. Las aves estaban todas despiertas, alertas, expectantes. Hasta el águila King Henry, a quien Hodgesaargh solamente se acercaba equipado con armadura de placas completa, estaba mirando a su alrededor.

Aquello sucedía cuando había una rata en el lugar, pero Hodgesaargh no veía ninguna. Tal vez se había ido.

Para el evento de aquella noche había elegido a William el águila ratonera, un animal de lo más fiable. Se podía confiar en todas las aves de Hodgesaargh, aunque en lo que casi siempre se podía confiar era en que se lanzarían salvajemente sobre él nada más verlo. William, sin embargo, creía ser una gallina, y por lo general se la podía sacar de casa. Pero hasta William estaba prestando toda su atención al mundo, lo cual no pasaba a menudo a menos que viera algo de maíz.

Qué raro, pensó Hodgesaargh. Y eso fue todo.

Las aves continuaron mirando hacia lo alto, como si el techo simplemente no estuviera allí.

Yaya Ceravieja bajó la vista hacia una cara rubicunda, redonda y preocupada.

—Eh, tú no eres... —Recobró la compostura—. Tú eres el chico de los Wattley de Tajada, ¿no?

—Tnstéque... —El chico se apoyó en el vano de la puerta y luchó por recobrar el aliento—. Tienstéque...

—Respira hondo. ¿Quieres un vaso de agua?

—Tiene 'sté...

—Sí, sí, muy bien. Tú respira...

El chico respiró hondo varias veces.

—¡Tiene usted que venir a ver a la señora Hiedra y a su bebé señorita!

Las palabras le salieron en un único torrente veloz.

Yaya cogió su sombrero del gancho que había junto a la puerta y tiró del palo de su escoba para sacarla del hueco del techado donde la guardaba.

—Creía que la estaba cuidando la vieja señora Patternoster —dijo, ensartándose las horquillas del pelo en su sitio con la urgencia de un guerrero que se prepara para una batalla inesperada.

—¡Dice que todo ha salido mal, señora!

Yaya ya estaba corriendo por el sendero de su jardín.

Al otro lado del claro había un pequeño barranco, con una caída de unos cinco metros que daba a un recodo del camino. La escoba no había arrancado cuando Yaya lo alcanzó, pero ella continuó corriendo y pasó una pierna por encima de las cerdas mientras saltaba al vacío.

La magia prendió a media caída y las botas de Yaya se arrastraron por entre los helechos muertos mientras la escoba se elevaba en la noche.

La carretera serpenteaba por las montañas como una cinta que alguien hubiera dejado caer. Allí arriba siempre se oía el viento.

El caballo del salteador de caminos era un semental grande y negro. También era muy posiblemente el único caballo que llevaba una escalera de mano atada con correas detrás de la silla de montar.

Esto se debía a que el salteador de caminos se llamaba Casavieja y era un enano. La mayoría de la gente consideraba a los enanos reservados, cautelosos, respetuosos con la ley y muy reticentes en los asuntos del corazón y de otros órganos vagamente conectados a él, y eso era cierto para casi todos los enanos. Pero la genética juega con dados extraños sobre el paño verde de la vida y de alguna forma los enanos habían producido a Casavieja, que prefería la diversión al dinero y dedicaba a las mujeres toda la pasión que los demás enanos reservaban para el oro.

También consideraba las leyes cosas útiles y las obedecía cuando le resultaba conveniente. Casavieja despreciaba el oficio de salteador, pero por lo menos le daba a uno la oportunidad de respirar el aire fresco del campo, que era algo que sentaba muy bien, sobre todo cuando los pueblos cercanos estaban infestados de maridos cargados con cierto rencor y también con palos muy grandes.

El problema era que en el camino nadie lo tomaba en serio. Podía parar los carruajes sin problemas, pero la gente tenía tendencia a decir: «¿Cómo? Ese salteador no salta mucho, ¿no?»

Anda, si se me había pasado por alto... Jo, jo, jo», y entonces él se veía obligado a dispararles en la rodilla.

Se sopló en las manos para calentárselas y levantó la vista cuando oyó un carruaje que se acercaba.

Estaba a punto de salir cabalgando de su precario escondrijo entre los matorrales cuando vio que otro salteador de caminos salía al trote de la arboleda de enfrente.

El carruaje se detuvo. Casavieja no pudo oír qué estaba pasando, pero el salteador cabalgó hasta una de las portezuelas y se inclinó para hablar con los ocupantes...

... y entonces salió una mano y lo arrancó de su caballo y lo metió en el carruaje.

El vehículo se meció sobre sus muelles un momento y luego se abrió de golpe la portezuela y el salteador cayó de la misma y se quedó tirado en el camino.

El carruaje se puso en movimiento...

Casavieja esperó un rato y luego cabalgó hasta el cuerpo. Su caballo esperó pacientemente a que él desatara la escalerilla y desmontara.

No había duda de que el salteador de caminos estaba hambriento. Se supone que la gente viva tiene algo de sangre dentro.

El carruaje se detuvo en lo alto de una loma, unas millas más adelante, antes de que el camino iniciara el largo descenso serpenteante hacia Lancre y los llanos.

Los cuatro pasajeros salieron y caminaron hasta donde empezaba la cuesta.

Por detrás de ellos pasaban volando las nubes, pero allí el aire era cristalino y frío, y la vista llegaba hasta el mismo Borde bajo la luz de la luna. Debajo, sacado de las

montañas a golpe de pala, estaba el pequeño reino.

—El pórtico del mundo —dijo el conde Urrácula.

—Y totalmente indefenso —dijo su hijo.

—Al contrario. En posesión de algunas defensas extremadamente eficaces —dijo el conde. Sonrió en medio de la noche—. Por lo menos... hasta ahora...

—Las brujas tendrían que estar de nuestro lado —dijo la condesa.

—Por lo menos ella lo estará pronto —dijo el conde—. Una mujer de lo más... interesante. Una familia de lo más interesante. Mi tío solía hablar de su abuela. Las mujeres Ceravieja siempre han tenido un pie en las sombras. Lo llevan en la sangre. Y la mayor parte de su poder viene de negarlo. Sin embargo —y le brillaron los dientes mientras sonreía en la oscuridad—, muy pronto va a descubrir de qué lado del pan está la mantequilla.

—O por qué lado se cuece el jengibre —apostilló la condesa.

—Ah, sí. Muy bien dicho. Es el castigo por ser una mujer de la familia Ceravieja, claro. En cuanto se hacen mayores empiezan a oír el tañido de la puerta del horno.

—He oído que ella es bastante dura, sin embargo —comentó el hijo del conde—. Que tiene una mente muy despierta.

—¡Matémosla! —propuso la hija del conde.

—De veras, Lacci, cariño, no puedes matarlo todo.

—Pues no veo por qué no.

—No. Me gusta más la idea de hacer que nos sea... útil. Y ella lo ve todo en blanco y negro. Eso siempre es una trampa para quienes tienen poder. Ya lo creo. Una mente así es muy fácil de... guiar. Con un poco de ayuda.

Se oyó un susurro de alas bajo la luz de la luna y algo bicolor aterrizó en el hombro del conde.

—Y esto... —dijo el conde, acariciando a la urraca y luego dejándola ir. Se sacó una tarjeta blanca y cuadrada del bolsillo interior de la chaqueta. El borde soltó un centelleo fugaz—. ¿Os lo podéis creer? ¿Acaso esto tiene alguna clase de precedente? Hacen bien en llamarlo nuevo orden mundial...

—¿Tienes un pañuelo, mi señor? —le interrumpió la condesa—. Dámelo, por favor. Tienes unas manchitas...

Ella le secó la barbilla y le volvió a meter el pañuelo manchado de sangre en el bolsillo.

—Ya está —dijo.

—Hay otras brujas —dijo el hijo, como si le estuviera dando vueltas a un bocado que le resultara más bien duro de masticar.

—Oh, sí. Confío en que las conozcamos. Podrían ser divertidas.

Y regresaron al carruaje.

De regreso a las montañas, el hombre que había intentado asaltar el carruaje se las apañó para ponerse de pie, y por un momento pareció que tenía los pies enganchados con algo. Se frotó el cuello con expresión irritada y miró a su alrededor en busca de su caballo, al que encontró detrás de unas rocas a cierta distancia de allí.

Cuando intentó echar mano de la brida, se encontró con que su mano atravesaba

limpiamente el cuero y el cuello del caballo, como si fuera de humo. El animal se encabritó y se alejó galopando como un loco.

No iba a ser una buena noche, pensó el salteador de caminos con la cabeza embotada. Vaya, ni en sueños iba a perder un caballo además de la paga. ¿Quién demonios era aquella gente? No se acordaba muy bien de lo que había pasado en el carruaje, pero no había sido agradable.

El salteador de caminos era de esa clase de hombres simples que, tras ser golpeados por alguien más grande que ellos, buscan alguien más pequeño en quien tomar venganza. Juró que alguien más iba a sufrir aquella noche. Por lo menos iba a conseguir otro caballo.

Y a modo de respuesta, oyó que el viento traía un ruido de cascos. Desenvainó la espada y salió al camino.

—¡Manos arriba!

(c) 1998, Terry y Lyn Pratchett / Edición publicada por acuerdo con Transworld Publishers, una división de Random House Group Ltd. Todos los derechos reservados.

(c) 2008, Random House Mondadori, S.A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

(c) 200X, Javier Calvo, por la traducción

Título original: Carpe Jugulum

Colaborador editorial: Manu Viciano